

## Hernández: el maestro

En el ejercicio de sus clases, que leía con matemática exactitud y la más pulcra conciencia, con severidad pero con aliento para los jóvenes amantes del trabajo, el doctor Hernández desde el primer momento dió a comprender la importancia de su Aula, el dominio cabal de sus conocimientos, una habilísima penetración investigadora, su técnica profesoral admirable, facilidad para transmitir la ciencia, su excelente sentido y juicio crítico, su magistral autoridad. Las clases, a las que concurrían por modo de curiosos muchos estudiantes profanos, eran amenas y pedían de suyo la atención y la reflexión. Qué gratamente se impresionaba y se movía el espíritu, cuando aquel maestro, aquel pedagogo novel, al empleo de métodos y recursos antes no usados aquí, iba explicando sus lecciones con atrayente elegancia y una tonalidad maciza, como de un hombre maduro y sapiente! Cuánto gusto é interés despertaba en los ánimos, cuando después de haber hablado, por ejemplo, sobre las células, el protoplasma, el núcleo, su reproducción; sobre el microbio su morfología su cultivo etc., decía con cierta gracia suya: Yo lo pinto; y tomando las tizas de diversos colores y vuelto hacia el pizarrón, dibujaba de verdad, con esmeradísimo arte, con precisa maestría, y hacía casi palpar la evolución prolifera de aquellos peregrinos organismos! Sus discípulos y sus colegas mismos lo respetaron desde entonces y rindieron las mejores y aquiscentes pruebas a su idoneidad y pericia, a su adestría singular, a su intensa mentalidad, a su ubérrima labor científica, pruebas que vinieron a resumirse espléndidamente con los testimonios producidos en la ocasión de su muerte". (1)

Su puntualidad en la asistencia a las clases que no alteró nunca, ni por

(1) Dr. J.M. Núñez Ponte. "Ensayo Crítico Biográfico"

caso de lluvia o quebrantos de salud, se hizo proverbial; así como la justicia y rectitud de su juicio, que fueron incapaces de torcer, las amenazas de unos, ni los halagos de otros. Le tocó la misión de hacer luz en los cerebros durante épocas de verdadera incuria nacional, cuando el caos y el desorden se adueñaron del país y la anarquía según la frase profética del Libertador, devoraba energías y secaba las fuentes de la riqueza pública. Pero Hernández con sideraba el magisterio como sacerdocio de abnegación y en tiempos tumultuarios, sin ninguna renumeración oficial, sostenía de su peculio los gastos del Laboratorio y continuaba impasible, acercando a los labios de sus discípulos la linfa pura del saber. A las tres de la tarde, por treinta años sucesivos, abrió diariamente la puerta de su Aula; y con la dicción persuasiva del sabio, iniciaba a la juventud en los misterios biológicos, mientras afuera los espíritus se caldeaban en la llama de los odios sectarios y disipaban, con loco afán inconsulto, el tesoro de viriles cualidades que nos legaron nuestros mayores. Diego Carbonell pondera de esta guisa la brillante actuación del pedagogo: "Hernández ha sintetizado en un volumen sus lecciones de Bacteriología, en cuyas páginas sienten sus discípulos la presencia de un alma magisterial ya que allí está dicho, cuanto el maestro expone en su cátedra, donde sólo agrega los nuevos triunfos de la ciencia. En ese libro está su método de enseñanza; pero a pesar de todo el texto resulta innecesario para los cursantes, porque quien esté atento en el salón de clases durante la hora de la lección de Hernández, no necesita consultar libros para concurrir en los exámenes, pues ya lo hemos dicho: el profesor sabe despertar la atención de sus discípulos y nunca ha sido narcótico para sus cerebros tropicales".

Introdujo Hernández en la cien-

cia vernácula el sistema genial de Bichat: aislar los tejidos, estudiar cada uno de ellos en los distintos órganos para comprender y valorar el mecanismo íntimo de su acción fisiológica; e imitar... Claudio Bernard, hizo que la juventud médica venezolana "evitara las abstracciones puramente imaginativas y la acostumbro, con una verdadera enseñanza, a la fecunda interpretación de los misterios de la vida."

En el recinto del Senado de la República, declaró el doctor José Manuel Espino: "Siempre tuve al doctor Hernández y lo tuvimos los estudiantes de mi generación, como el más sabio de nuestro profesorado o el más diversificadamente sabio, ya que no había materia o sujeto que directa o indirectamente se abordara en su clase, que el doctor Hernández no conociera perfectamente. Parecía como si al igual de Vargas que tan a menudo citaba, dedicara sus ratos de vagar a leer, releer y repasar todo su acervo de conocimientos desde la educación primaria y superior, pues en el casillero de su memoria tenía siempre a mano la contestación más adecuada a toda cuestión científica que le propusiéramos, lo que hacía de él un árbitro en nuestras discusiones... Otro aspecto de su enseñanza fué la exactitud en las descripciones: ninguno de mis maestros que yo recuerde, tuvo ese don tan excelente que revela, fuera de una clara inteligencia, penosa y larga disciplina para escoger la característica de cada materia, el rasgo peculiar de la enfermedad que iba a estudiar, condensándola en un número reducido de palabras. Sus definiciones ejemplares las conservamos a través de nuestros estudios posteriores, como recurso de gran valor frente a los profesores de otras asignaturas. Sus quilates morales y espirituales eran notables: estricto en la aplicación de lo que llamaba las "eternas leyes morales", nos decía que su deseo como el de Vargas no era otro, sino que de sus manos salieran hombres honrados, antes que médicos sabios. Era el hombre de más carácter que yo he conocido: de allí la exactitud de la vida religiosa, ciudadana y docente de aquel gran caballero, de ese gran exponente de la cultura venezolana". Y el doctor A. Benchetrit que desde hace años ejerce con brillo su profesión en la vecina República de Colombia, añora

"la grata memoria del inolvidable maestro doctor Hernández, a quien recuerdo todos los días con el mayor cariño por sus admirables enseñanzas. Yo tuve la fortuna de ser su discípulo y pude apreciar no sólo sus vastos conocimientos en todas las ramas de la Medicina, sino sus grandes dotes de admirable pedagogo y su desvelo para que sus múltiples (discípulos aprovecháramos, siquiera una mínima parte de lo que él se esforzaba en enseñarnos. ¡Cómo eran de fecundas aquellas horas en que escuchábamos las explicaciones del Maestro incomparable sobre los complicados procesos fisiológicos del organismo humano, con una claridad y precisión no encontradas en obra alguna; pues el doctor Hernández dominaba en absoluto las materias que enseñaba, y tenía el don muy raro por cierto, de saberlas explicar, y hacerlas comprender de todos sus asiduos oyentes". A lo cual se asocia la opinión no menos autorizada del doctor Vicente Peña: "Como creador de los estudios de Bacteriología, Anatomía microscópica y Fisiología Experimental, el doctor José Gregorio Hernández estableció e hizo familiares disciplinas intelectuales y manuales para el estudio en las asignaturas de sus cátedras; lo que condujo a la objetivación de aquellas ciencias en la platina del microscopio, en la carne viva del animal maniatado sobre la mesa de experiencia, abriendo así la vía para adquisiciones del conocimiento. Estas y otras más son acreencias indiscutibles para la preeminencia de que gozó su reputación universitaria. Y si ello representa el valor característico del Profesor, otra es la faz que atañe a las cualidades inherentes al hombre. Al doctor Hernández lo distinguió siempre su carácter. Como Maestro, en la sucesión de hechos que tejieron su vida, siempre podrá exhibirse el sello personalísimo de aquella psiquis disciplinada en dirección rígida y vehemente hacia sus centros de atracción. Como hombre de pluma, segando en los predios de la Ciencia o en los del Arte, todo el fruto de su inteligencia y de su sensibilidad lleva la distinción de sencillez, pureza y trascendencia que del alto temple de su ideas y conocimientos fluían con profunda naturalidad. Atendidos sus enfermos, leía su lección en la Cátedra, encebábase en la soledad de su vivienda,

con sus libros, sus instrumentos de laboratorio y sus ideas; sin necesitar la comunión gremial para esparcimientos que a los más les parecen recurso indispensable... Una muerte trágica lo cargó en sus alas negras, no para redimirlo, que él no necesitaba redención: y sobre las alas de la tragedia desapareció del mundo, sólo, raro, silencioso, valiente". La víspera misma de su muerte: el sábado 28 de junio de 1919, el doctor Alberto Fernández, preparador de los trabajos prácticos en la cátedra de Bacteriología, vió entrar al sabio "a las tres de la tarde, con su acostumbrada precisión cronométrica en el salón de clases de su cátedra. Terminaba la práctica a cargo del Preparador. La lección versó sobre el bacilo de Hansen. El maestro disertó acerca de la morfología, coloración, cultivos, inoculaciones etc. etc., del microbio de la lepra. Como siempre enseñó a sus discípulos la última palabra de la ciencia, y terminó su clase hablando de las formas clínicas de la enfermedad. Anunció cuál sería la próxima lección y dijo: "estudiaremos el coco-bacilo de Preiffer". No sabía el maestro que sus discípulos ya no le oirían más! En esa última clase pude apreciar que el doctor Hernández no había modificado su plan de enseñanza con el cual formó sus colaboradores para constituir el tesoro científico nacional. Fui durante más de cuatro años su preparador, y en ese tiempo me convencí de que el doctor Hernández era el hombre más severo, más justo y más bueno que yo he conocido".

La escuela que creó, donde se oía como un oráculo la última palabra de la ciencia y cuyos renuevos se encuentran hoy dispersados por los ámbitos de la República y aún en el exterior, prolongará en el tiempo la función docente del Maestro; y su mismo sucesor en la cátedra de Bacteriología, ha consignado pa-

ra la Historia, este valioso testimonio: "El, y sus discípulos penetraron por todos los senderos trillados por los especialistas en la materia; estudiaron la mayor parte de los gérmenes morbosos en el país, e hicieron a la Escuela Venezolana, marchar al unísono con las conquistas de la nueva ciencia. Más tarde, cuando la era de los microbios —como dijo el gran Patrick-Manson— había llegado a su apogeo y la de los protozoarios comenzaba, un discípulo de Hernández marcó la época en los anales de nuestra Medicina, y empieza entonces la era de la Parasitología en Venezuela con los trabajos de Rafael Rangel". (2)

Intimamente ligado a la obra y al nombre del doctor Hernández va este gran discípulo suyo, a quien aleccionó en la investigación experimental y lo preparó para fundar después la Parasitología Nacional. "Todas las reformas —anota el Dr. Núñez Ponte— a que dió lugar y vida el doctor Hernández con la fundación y progreso de su cátedra con lo que propiamente podemos decir su escuela ha hecho cambiar ventajosamente los rumbos de nuestra Medicina, lo cual atestiguan los sabios académicos y profesionales cuyas mentes recogieron de él una gran provisión científica, en cuyas manos está hoy en Venezuela el arte de curar; y los jóvenes que se han distinguido en la exploración del mundo infinitamente pequeño, como buzos de la parasitología tropical, declaran asimismo que deben a Hernández, a las lecciones directivas y a los experimentos fundamentales de él, todo el valor de sus propias iniciativas y labores.

(2) (Jesús Rafael Risquez: "La lección inaugural del curso de Bacteriología y Parasitología de 1925")

(Continuará)

DR. TEMISTOCLES CARVALLO